

**RELATOS Y TRADICIONES
ORALES ANDINAS.
SIRENO: DIOS DE LA MÚSICA**

por:
LUIS ÁLVAREZ MIRANDA



RESUMEN

El espacio andino, flanco occidental que mira hacia el Océano Pacífico, entre las latitudes sur del Perú y norte de Chile, se caracteriza por una profusión de medioambientes de altiplano, valles serranos, valles quebradas y valles bajos con sus respectivas variedades climáticas en los que se encuentran asentamientos de población poseedora de un gran bagaje cultural de tradiciones ancestrales andinas mestizas, ricas en manifestaciones materiales y espirituales, destacando estas últimas, mucho más que específicas historias de mentalidad. De estos relatos y tradiciones se ha seleccionado la del "Sireno, Dios de la Música", tradición que se encuentra dispersa en este amplio espacio geográfico, determinado por factores naturales de presencia de agua y viento y que de algún modo ha impactado esta sociedad en el pasado, la mantiene en el presente y aunque diluida, o debilitada como tradición y su consecuente relato, continuará vigente hacia el futuro.

ABSTRACT

The occidental flank of the Andean space which overlooks the Pacific Ocean, between the latitudes of southern Perú and northern Chile, is characterized by a great number of environments: altiplan, highland valleys, low valleys and gorges each with its particular climatic variation where one can find settlements who possess a great cultural baggage of ancestral andean half-caste traditions, rich in material and spiritual manifestations. The latter are outstanding remarkable because they are much more than just stories of the views of a people.

The story 'Sireno Dios de la Música', has been selected because of its particular references to traditions determined by the presence of wind and water spreaded all over this wide geographical space which impact has, strongly, influenced this social group in the past. It is still currently felt, though somehow diluted or weakened as tradition and its consecutive narrative; and it will continue being in vogue in the future.

“Era de noche en el valle precordillerano de Socoroma; tendría a lo menos unos doce años de edad. Caminaba por el borde de las pircas entre la alfalfa, matas de maíz y plantas de orégano de las terrazas de arriba del pueblo que había terminado de regar. Recuerdo que fue mucho después de carnavales y poco antes de cosechar las papas y choclos para la fiesta de la Cruz de Mayo cuando con mucha claridad escuché que desde lejos, valle abajo de la quebrada por donde el agua viene deslizándose desde siempre, desde el fondo llegaban con sonidos acompasados melodías musicales de una banda de instrumentos de bronce entremezcladas con murmullos de saltos de agua, de silbidos del viento con olor de río rozando las copas de los molles. Con mucha claridad resaltaba el golpe del bombo: Bom, bom, bom; curioso quise buscar el rumbo de la música y a medida que avanzaba todo cambió y sólo escuché melodías de cuerdas como de guitarras, cuando de pronto me encontré en la poza del “jalante”, al pie de un brinco de agua, que así lo llaman, y no vi gentes tocando instrumentos; sin embargo, la música continuaba y me pareció que salía del agua; aumentaba en volumen o disminuía a una suavidad de calma agradable, melódica, produciéndome la sensación que me adormecía.

Tuve miedo, quise correr, salté las “cortaderas” como pude, esquivé peñas y sendero abajo ya estuve en la casa; mi abuelita al relatarle lo que sentí y escuché, me reprendió: ¿Para qué fuistes niño? eso es un encanto, ahí vive el sireno; capaz que te hubieras vuelto loco. Se sabe que en el jalante se escucha música, no debes andar por esos lugares a estas horas, todavía

eres muy pequeño para llegar a comprender, no debes ir solo y ¿por qué venías dando tantos brincos si el suelo de la huella está parejo?”.

Pedro, informante del presente relato, que actualmente cuenta con más de sesenta años de edad, oriundo de estas serranías, poseedor de un evidente bagaje cultural mestizo andino, señala que gracias a este acontecimiento de su niñez, puede ejecutar violín, guitarra, mandolina, quena, zampoña y tarka. Parecidas experiencias vividas por otros lugareños, que también son músicos, aseguran al igual que Pedro, que el Sireno les otorgó el don de ser músicos.

En el área de Socoroma, 3.500 msnm, vertiente occidental de los Andes en la latitud de Arica, al igual que en todo este flanco, sur del Perú y norte de Chile, las precipitaciones son escasas otorgando al paisaje una aridez manifiesta, salvo en sectores de quebradas por donde escurre pequeña cantidad de agua como en Socoroma, suficiente para que sus habitantes puedan mantener una actividad agrícola tradicional serrana, de maíz, papas y el manejo de pequeños predios de alfalfa y orégano. El pueblo, núcleo de casas de arquitectura colonial andina, se distribuye en torno a la iglesia que la preside San Francisco, su santo patrono.

Consultado nuestro informante de si poseía más antecedentes sobre el Sireno, señala: “habita aquí en Socoroma y se le escucha en dos lugares: uno, en el “jalante” al pie del salto de agua de la acequia regadora que corre por la parte alta del pueblo; se le llama Sireno grande y toda la gente sabe que allí mora ese Dios de la música y respetan el lugar porque comprenden que es sagrado. Cuando hay fiesta en el pueblo, ya sea para San Francisco o para Las Cruces, fiestas grandes, es costumbre general que las bandas de músicos concurren a ese sitio el día de la víspera; al anochecer dejan sus instrumentos con el ruego de que la fiesta sea buena y mejor con el aporte y la ejecución de sus conjuntos, sean éstos de bronces, de zampoñas o de cuerdas, por lo general quedan solos toda la noche; al día siguiente al ir a buscarlos, dicen que se les encuentra afinados, especialmente las guitarras. Para que esto ocurra, previamente el ruego se hace frente a una “mesa” sobre la cual recuerdo que se coloca carbón vegetal, velas, incienso, copal, coa, hojas de coca, alcohol, un vaso de vino tinto y otro de vino blanco; también saben llevar sahumadores, ollitas de barro para quemar el incienso y las ramitas de coca. Al final de toda esta ceremonia, temprano en la mañana unos seis músicos o diez zampoñeros a manera de diana para saludar el día interpretaban piezas musicales. A partir de ese momento participaban con toda la gente del pueblo, con el mayordomo o el alférez, alegrando con su música la celebración de una gran fiesta.

El otro Sireno está lejos, en el río que baja del cerro “Milagros”, al que ahora le dicen “cerro sagrado del pueblo”, el de la cruz principal; está en el punto “Taipicagua”, a mitad de quebrada. Allí no hay chacra, es puro barranco, agua y paja brava. La música que se escucha, nada más que es de cuerdas, de guitarras. Algunas personas siempre acostumbran ir a escuchar. Si Ud. quiere ir, a lo mejor no vas a escuchar nada; yo por ejemplo, como soy músico, lo siento clarito, lo escucho mejor; tú te puedes confundir con el canto del chirrichirri, el cernícalo que persigue pichunchos y palomas cuculí. No, no conozco si este dios Sireno esté en otros lugares o valles. Recuerdo que en aquellos tiempos pasados cuando a las fiestas de Socoroma venían músicos de Guachacalla, Bolivia, lugar de donde eran las mejores bandas de bronce, no hacían la ceremonia del Sireno; ellos no dejaban sus instrumentos junto al agua para que los afinara el Sireno; a lo mejor lo habrían hecho en su pueblo antes de su largo viaje, no se sabe; a veces también venían por el lado del pueblo Sajama y tampoco sabían de esto”.

Sobre esta particularidad de afinar, en un pequeño sector del altiplano, próximo a la frontera Chile-Perú-Bolivia, los pobladores nativos mantienen la tradición que para que los

músicos puedan obtener buenas y afinadas melodías de sus instrumentos, deben concurrir temprano por las mañanas o al atardecer, a escogidos lugares de la puna en que el viento, de manera constante sople con fuerza sobre los pajonales produciendo silbidos de variada intensidad y tonalidad, o a sitios donde el escurrimiento superficial de algún curso de agua, entre las peñas y saltos, produzca la sensación melódica de tonos musicales. Señalan que esos lugares tienen la propiedad de afinar todo instrumento musical. No conocen tradición del Sireno que haya otorgado o que otorgue a persona alguna el don de la música. Es posible que esta deidad y su connotación ya esté perdida, y lo que hoy se practica y recuerda sea sólo tradición, parte del tema principal. Visitamos ese sector del altiplano para percibir su ambiente y conversar sobre el tema con don Fortunato, lugareño aymara, de unos 70 años de edad, nuestro informante que ha vivido gran parte de su vida en Chugllumani, caserío de unas 10 casas de pastores de alpacas y llamas, a la orilla del bofedal del mismo nombre. Cuenta que desde que tenía unos 7 años hasta los 15 fue pastor de camélidos y arriero, compañero de su abuelo; que recorrió desde el altiplano a los pueblos de la sierra y cabecera de los valles costeros de Arica; Putre, Socoroma, Belén, Ticnamar, Codpa lo conocieron comercializando carne, charqui, lana, sogas; haciendo trueque por maíz, papa chuño, papa fresca, de Socoroma de preferencia; agrega que manejaba una tropa de unos 30 llamos, sobre todo machos, aptos para venderlos como carne. El viaje de ida y vuelta duraba uno o dos meses. De regreso de los valles a sus bofedales, recogían “Coa”, en los altos de Socoroma; parte de la coa, papas chuño, frutas secas, etc., las llevaban al altiplano de La Paz, donde de gran demanda era la coa utilizada en los rituales mesa. En mayo era el viaje a Socoroma y más o menos agosto-septiembre a los alrededores de La Paz. Fue obrero de las azufreras del volcán Tacora hasta los 20 años de edad, hasta el cierre de ellas, año 1945 más o menos. Posteriormente quedó a cargo de sus ganados y los de su abuelo, fallecido en 1953; según él, último Hilacata, también yatire, personaje de feliz recordación en Cosapilla, Ancomarca (Perú); Charaña (Bolivia); Chugllumani su pueblo y en otros pequeños poblados dependientes del Ayllu de Calacoto, poblado próximo a Coro Coro, Bolivia. Es en esta época cuando don Fortunato se hace músico, luego de haber escuchado en los campamentos de las azufreras, en las noches de descanso, a los mineros músicos bolivianos interpretar sus canciones y asegurar haber sentido al Sireno. Comenzó ejecutando charango. De allí se constituye en músico, recorriendo infinidad de pueblos en el altiplano.

Sobre el “Sireno” relata:

“En el área Visviri-Charaña en el sitio Visrruvisrrune (pasto de bofedal), que pertenece al caserío de Chugllumani, también nombre del bofedal, hay sireno en el estero, en el agua. En las noches, los músicos iban a dejar sus instrumentos zampona y charango en ese punto que también se le llama “Mal paraje” y no en otro lugar. Se llama así pues todos los de por acá saben que allí existe una forma maligna de demonio, que también es sireno; es mal Paraje, ya que si alguien se queda a pasar la noche junto al agua y a los instrumentos que se están velando, seguro que pierde los sentidos, se trastorna. Hay que hacer un ruego, una manda, para que los instrumentos queden bien afinados, con coa, hierbas, sahumeros, alcohol, untu, hojas de coca —y todo lo demás que lleva una “mesa”. Se enciende y hay que retirarse, pero antes en el ruego se rezan oraciones en lengua aymara. Pueden participar varias personas cuando es un conjunto de zamponeros, y también una o dos personas como intérpretes al castellano.

Al alba del siguiente día se van a recoger los instrumentos, se los llevan a las casas con la seguridad de que están “encantados” y que de ellos vamos a obtener las mejores notas musicales; para las zamponas los sonidos hay que contrastarlos con los que el viento produce en las pajas icchu que cubren los techos, sonidos de diversos tonos dependiendo ello de la fuerza del viento y de la forma como se haya colocado la paja en los techos”.

Desde más o menos los años 1970 los pequeños ríos nos llevan agua hacia el bofedal de Chugllumani, ha disminuido en gran medida y está perdido y por ello también el acto de velar instrumentos se ha perdido, no así la leyenda que persiste en la tradición de sus vecinos y pobladores.

Nuestro amigo informante continúa recordando y relatando que:

“al norte del poblado de Chugllumani hay una quebrada muy angosta, profunda, de barrancos rocosos, por cuyo fondo escurre un escaso hilo de agua, que nace en las cercanías de la Laguna blanca por el lado peruano y corre pasando por territorio chileno hacia el este rumbo a Charaña, Bolivia”.

Toda esta área que describe don Fortunato es un paraje de típicos paisajes de Puna o altiplano, de más de 4.000 msnm. en los que se encuentran sectores húmedos con pequeños bofedales, en que habitan aves acuáticas, pastan camélidos silvestres como la vicuña junto a los domésticos alpacos aprovechando las gramíneas tiernas de ese medio ambiente. En los espacios secos se hace presente la vegetación Tola tola, paja Icchu, paja brava, resistentes al fuerte viento y cambios de temperatura. El suelo no es llano; colinas pequeñas, cauces secos, pequeñas quebradas, fuerte radiación solar en el día, viento constante y temperatura bajo cero por las noches. Sin duda que es un medio físico hostil; sin embargo, el hombre andino es capaz de crear, creer, soñar e interactuar con él. De allí que ellos están en armonía con la naturaleza, sobre todo con el agua (Uma), que en este espacio frío y árido, es vida, sólo vida. Prosigue afirmando que:

“en esta quebrada también tú encuentras al sireno y dicen los abuelos achachis que más saben, que está en: “Jaquevinto”, “Jachavinto”, “Jachaque” y en “Chayavinto”, lugares todos a los que antiguamente, en aquellos tiempos, se llevaban a velar los instrumentos para que se afinaran”.

También recuerda que el sitio más poderoso es el que se conoce con el nombre de “Puchuni” dentro de la quebrada en el lado chileno. Se trata de un ojo de agua, puquio permanente, caracterizado el lugar por el fuerte viento, factores que a la gente los estimula a pensar que escuchan sonidos de instrumentos; el viento, con los sonidos de zampoñas, el del agua, con la percusión de bombos, amén de sinfonías que simulan instrumentos musicales. Es un lugar desprovisto de habitantes y otros lugareños consultados, que de él conocen, cuentan que al tal sireno también lo llaman “Anchanchu” y que tiene forma humana, de baja estatura, que cabalga vestido de negro en caballo también de color negro y dorado por los ornamentos de plata que cuelgan de él. Cuentan que otorga el don de la música previa rogativa e invocación mediante una “mesa” andina. Dicen también que si se le adora como a un Dios, cosa que recuerdan nunca ha ocurrido, provee riquezas; relatan para ello la siguiente oración: “Cori tio, Colque tio”.

Insiste don Fortunato en señalar que en cualquiera de los parajes de esta quebrada por donde corra agua y sople el viento se pueden colocar los instrumentos para su afinación, cosa que ocurría hasta por lo menos el año 1960, pero, debido a las sequías provocadas por la falta de lluvias, se secaron las vertientes y ya no queda posibilidad de hacer la ceremonia para afinar junto al agua.

Cuenta que estuvo en los puquios buscando afinar sus zampoñas y acordeón, por allá por el año 1950; que fue músico de muchas bandas y dice: “integrando conjuntos fui a La Paz (Bolivia) y a Tarata (Perú) con todos sus pueblos de alrededores; nunca bajé a los poblados de la sierra de Arica, tampoco a los valles de Lluta o de Tacna; como músico siempre me mantuve en el área que llaman altiplano; Visviri, Charaña, Chuglluta, Caquena, Sajama. Don Fortunato, el de Chugllumani, a diferencia de Pedro de Socoroma que no tenía

más antecedentes sobre el sireno, nos dijo que sí sabía, pero de oídas, que en la quebrada de Murmuntane que vierte sus aguas al valle de Azapa, también existe sireno. En Murmuntane, caserío serrano de unas pocas casas de campesinos, situado a unos 3.000 msnm, con mucha suerte ubicamos a don Francisco Huanca, de más de 70 años de edad oriundo de ese lugar, intérprete de guitarra, mandolina, charango, zampona, quien nos revela que “más o menos a un km aguas abajo de su casa hay un salto de agua, que desde chico conocía que se sabía llevar los instrumentos a ese sitio para que se afinaran, pues así lo escuchó de sus mayores que se hacía, los llevaban de noche para que se “sirenaran”. Así fue que su guitarra quedó encantada”. De él los vecinos dicen que es uno de los mejores intérpretes de la comarca de la melodía “Cuculí”, una pieza que se canta y danza a manera de una ronda, de preferencia en el mes de mayo para las fiestas de Las Cruces; la canción en parte simula el canto melodioso de la paloma de ese nombre, ave que habita los valles y quebradas de la región y que don Francisco nos entona:

Cuculí, culí, culí, culí
cuculí, culí, culí, culí
tu me dirás cantando
yo te diré llorando
culís, culís, culís

De Murmuntane, en la sierra, regresamos hacia el altiplano, a un área de extensos bofedales, específicamente al pueblo de Ancolacane situado a los 4.000 msnm en las proximidades S.E. del volcán Tacora. Es uno de los sectores del altiplano chileno que posee una gran masa de ganado camélido, ello gracias a la alta humedad y a sus recursos hídricos que alimentan sus bofedales. En este poblado reside la respetable Familia Flores, de larga data, oriunda de ese lugar; poseedora y sostenedora de ricas tradiciones culturales andinas.

Elsa Flores, componente de esa familia, sobre nuestra investigación nos relata:

“EL SIRENO VIVE EN CHURIPHUJTHIA (El sireno que vive bajo las aguas grises).

Cuando era niña mis abuelos contaban que en cierto lugar de Ancolacane, llamado “Churiphujthia” no había que detenerse a descansar, ya que habitaban los sirenos, “sirina”, como ellos lo llamaban. Mi abuelo era muy respetado por todos y yo sentía un gran orgullo por él. Todo lo que él contaba era escuchado con gran atención y obediencia, porque inspiraba gran confianza, así un día me atreví a preguntarle más respecto a los sirenos.

Él comenzó a relatar: “en ese lugar vive el sireno, dijo refiriéndose a Churiphujthia, dicen que una vez una mujer descansaba en ese lugar con su hijo y en un momento de descuido su hijo desapareció, ella lo buscó por todo alrededor y no apareció, solamente escuchaba su llanto desde adentro del agua. Hizo todos los cumplimientos y rogativas para que los sirenos le devolvieran a su hijo y no pudo lograr nada —con los sirenos no se puede hijos —decía— por otra parte mi abuelita agregaba, que ella también supo que una señora que iba pasando por ahí con su “guagüita cargadita” en la espalda y al mirar hacia atrás por un momento, vio que unos hombrecitos pequeños se deslizaban rápidamente hacia el agua, para sumergirse, las razones son obvias, querían robarle a su hijito —decía—.

Churiphujthia es un lugar muy especial, invita a quedarse en ese lugar, ya que es muy bonito, muy cerca de ahí, existe un lugar con un bofedal muy amplio y parejo, parece una cancha de fútbol y en ese mismo lugar a un costado existe una caída de agua de un río que suena fuerte, ahí en el mismo lugar se encuentran los sirenos hijos —decía mi abuelo—.

Se cuenta muchas historias de ese lugar y los sirenos, decía mi abuelo, que ellos saben mucho sobre la música y les gusta los instrumentos musicales y cuando tocan sus melodías son las más hermosas que se haya podido escuchar. Por eso antes de una fiesta, los músicos que la amenizan, ch'allan los instrumentos invocándolos para que “suenen como nunca”

—decía, es decir para que tengan el sonido bien afinado, de lo contrario la música no será buena en la fiesta —decía—.

Antiguamente —decía— los instrumentos se dejaban allá para que fueran afinados, por supuesto, con toda una ceremonia a la pacha. También dicen que, cuando se dejan los instrumentos allí durante la noche, los sirenos salen a tocarla, su música es única —decía— para poder robarle su música, se debe dejar un regalito, junto al instrumento y escuchar desde lejos la música que toca y lo más importante, no olvidar el tono para poder reproducirla. Es así como se componen las mejores canciones —nos decía— si te olvidas es malo, decía, sólo los hombres más fuertes pueden atreverse a pedirle algo a los sirenos, ya que si aprendes de ellos te puedes convertir en un gran músico. Cualquier instrumento musical sirve, la guitarra es ideal, porque suena muy bien todas las notas musicales.

Pensando en un derrotero del agua para encontrarnos con la tradición o leyenda del sireno en otras áreas, visitamos en el límite sur de la provincia de Arica la parte alta del río Camarones, río de importante caudal con sus nacientes en el Altiplano y con llegada al mar. Nos situamos en el poblado de Illapata para entrevistar a un informante joven, oriundo de ese lugar, quien nos relató:

“Sucedió en el mes de julio, un día antes de la víspera de la fiesta de la Virgen del Carmen en este poblado de Illapata. Esa noche, el grupo de unos 10 músicos, yo entre ellos, participamos de una ceremonia en la casa del alférez de la fiesta, una señora de nombre Margarita. La ceremonia se hizo en el interior de su casa con el fin de que los instrumentos sonaran bien afinados, que la fiesta transcurriera sin inconvenientes, que ninguno se enfermara, o le sucediera algo negativo. La señora colocó el bombo en el centro como si fuera una mesa altar de rogativas; puso los instrumentos sobre el parche de cuero del bombo y en el centro colocó hojas de coca, copal, yerbas de coa, 4 vasitos, con pisco, agua, alcohol y vino. En un plato chico de greda como los que aparecen en los gentilares, fuera de la casa quemó incienso con untu, grasa de llamo, e hizo el sahumero a los instrumentos y a las personas; el sahumero quedó encendido junto a esa mesa bombo, participando de la ceremonia los músicos, la señora Margarita, su esposo y nadie más, luego sirvió pisco a los concurrentes, “para hacer las veces”, es decir, el ademán de servirse, brindar a la Pachamama la madre tierra y pagar con coca y hacer salud por la fiesta a realizar y por los concurrentes que nos alumbrábamos con velas. Los instrumentos quedaron velándose hasta el día siguiente, puesto que al amanecer la banda tenía que tocar las dianas, saludar el alba y amenizar toda la fiesta.

Yo, después de esta ceremonia como a la media noche, tenía que cumplir con la tarea de ir a buscar el agua a la bocatoma de la acequia regadora y dejarla puesta para que se regaran los sembríos de alfalfa de la casa, en el potrero Sabaipugro. Me tocó dormir en una pieza pequeña con otros compañeros músicos, y al parecer, por el cansancio nos quedamos dormidos muy pronto. Yo, sentía el ruido de un viento suave sobre el techo y sobre los árboles Molles cercanos, conversando nos quedamos dormidos. Desperté confundido sin saber la hora y pensé que era tarde y tenía que ir a tapar el agua, cuando escucho que desde fuera me llaman con voz fuerte, con enojo y apurándome: ¡Juan, Juan! vamos a dar el alba que ya es tarde, apúrate. Seguro la sentí como que era voz del cabecilla. Reaccioné pensando el porqué me llamaba sólo a mí y no a los demás compañeros, los desperté y les advertí que ya era tarde y había que levantarse. Por respuesta me increparon: duérmete, no hay nadie afuera, duérmete. Me quedé dormido, luego despierto y escucho una marcha de zampoñada de una comparsa de músicos, marcha muy bien acompañada de una tonalidad muy especial que se me quedó en la memoria; tomé mi zampoña quise tararear y soplar para sacar esa música que escuchaba afuera de la casa junto a la puerta, muy nítida, como que era una banda que venía marchando. Al terminar la música siento que golpean la puerta y me llaman: ¡Juan, Juan! vamos a dar el alba, con voz apurándome. Me asusté, guardé silencio, sentí que

el que me llamó se alejó de la puerta, y se inició nuevamente la música tocando en son de retirarse hacia el camino real de la entrada del pueblo; la música se fue alejando hasta perderse, quedó solo el silencio del viento que venía de la dirección del río. Desperté a mis compañeros y me dijeron: duérmete. No recuerdo cuánto tiempo escuché a esa comparsa, creo que cerca de una hora, en cambio, un compañero que dormía en el otro cuarto y que escuchó mi conversación me advirtió, “duérmete Juan, mira que en esa pieza siempre se han sentido cosas extrañas”. Por fin me levanté a tapar el agua; llevé mi zampoña, me fui tocando, el viento soplaba con fuerza, la noche era oscura y muy helada, cuando antes de llegar a la bocatoma, en una pequeña bajada por cuyo fondo pasa la acequia, nuevamente escuché un bombo en compases de melodías de bailes como Huaynitos. Seguí caminando, tapé el agua y regresé a la pieza confundido, no quise mirar hacia atrás, me imaginé que me iba a encontrar con algo horrible. En la casa miré la hora y eran apenas las 12:50 hrs.; había dormido muy poco desde las 11:30 de la noche en que me acosté. Al día siguiente conté lo sucedido pero nadie había escuchado nada de bandas de músicos, yo solo lo experimenté. Ellos me dijeron que en la noche sintieron el “Chez-Chez” de las lechuzas y que al amanecer solamente cantaron el “Tiutire” y el “Chipi chiu”. Desde ese entonces estimo que mis condiciones para ejecutar instrumentos zampoñas, y guitarra principalmente, han mejorado, me es más fácil obtener melodías, escuchar música e interpretar, además de tener facilidad para tocar otros instrumentos y ello lo atribuyo solamente al sireno, él fue quien mediante la música a mí se me presentó. Estoy seguro que esa noche junto con el silbido del viento azotando mi cara y mis manos que sujetaban las cañas de mi zampoña, sentí que era el sireno el que conmigo soplaba. Desde entonces estoy convencido que me favoreció con el don de la música.

Yo les cuento a Uds. que se sabe que en todo este sector circula como tradición que existe el Sireno, pero que sólo se escucha de vez en cuando, muy a lo lejos, no es permanente. Mi tata, achachi, dijo haber estado ahí, junto a la corriente de agua y sabe que otros vecinos también lo saben, y dicen que en el Puquio de la barranca de la otra banda del pueblo, también habita el sireno y que es como un Dios, un Dios inmaterial que no tiene forma, nadie lo ha visto, por eso que es como Dios. Sólo se sabe que él otorga que uno sea músico. Si no fuera Dios de la música y se la da a uno que es mortal por medio del viento que sopla arriba, que es del cielo; por el agua Uma que es de abajo de la tierra Pacha Mama y que todo ello es el universo de Dios. ¿Cómo se explica entonces que unos puedan tocar instrumentos, interpretar músicas y otros no?”.

Los pueblos de esta área en un pasado no muy lejano, tuvieron fama por sus bandas de instrumentos de bronce, entre ellos Esquiña por ejemplo; sus pobladores es gente que gusta de la música y sus fiestas de Santos Patronos como San Pedro y San Pablo, del Carmen; Las Cruces, Semana Santa y demás fiestas de la comunidad, en todas siempre estará presente más de una banda de músicos. De ellos, Juan se siente orgulloso, tanto, que su relato y él, infunden credibilidad, respeto y confianza.

Sabaipugro, donde quedan los alfalfares de la familia de nuestro informante, también es el nombre de la pukara o ruinas del poblado prehispánico de filiación cultural Inca Regional que se ubica sobre una terraza alta, algo distante del río.

Al sur de nuestra regional geografía, también encontramos este relato que en este caso particular se transcribe, y que revela la dispersión de recuerdos y experiencias que con el tiempo sufrieron alteraciones, cambios; así continuará ocurriendo a través del tiempo en un proceso natural de aculturación y pérdida de una identidad tan peculiar. Lo publicó “Aymar Layku, periódico orientador del mundo Andino, Tarapacá año I N° 2, julio de 1997, página 11” que sobre este tema informa:

“LOS SIKURIS, AUTÉNTICA BANDA MUSICAL DE ISLUGA TARAPACÁ

Los Sikuris son lo más representativo y auténtico de la zona altiplánica, cuyo origen

se remonta a la época prehispánica. Sikuris es un conjunto de intérpretes musicales que se organiza en el sector de Isluga, comuna de Colchane y está integrado por antiguos lugareños aymaras que se iniciaron en el ritmo andino en los primeros años de su vida.

El grupo está formado por Polonio Choque Castro, Ricardo Choque, Julio Castro, Nicolás Choque —72 años y el mayor del conjunto—, Ambrosio Condore, Tomás Choque, Humberto García y Martín Challapa. Todos ellos entre los 10 y 13 años de edad supieron que serían Sikuris escogidos.

La característica de los Sikuris es que el tono del sonido se extrae de un sueño. Esa captación sonora es un don que se descubre durmiendo en un sector específico.

Polonio Choque señala que el lugar sagrado es Juturi sireno de Uma Pallka, donde pernoctan una noche para constatar si son los elegidos para continuar con las tradiciones del pueblo aymara”.

En los casos anotados se observa que el sentir la presencia del sireno a través de suaves melodías, es interpretado por nativos y mestizos como acto de una divina providencia que sólo algunas personas tienen la capacidad de percibir; de ahí que estimamos que en el marco de una cosmovisión andina en el espacio estudiado, el sireno es un elemento, concepto, atributo cultural, vigente en las creencias populares de este grupo humano, ejemplo de expresión de una parte de su cultura espiritual.

Sin duda que este relato tradición debe tener su origen en el área fluvio lacustre de los ríos Mauri, Desaguadero, Lago Poopó, sector occidental de la altiplanicie de Bolivia, relato tradición que se expandió hacia el sur occidente andino por entre bofedales y caseríos, hasta las cabeceras de valles como el Lluta, con Socoroma; Azapa, con Murmuntane; Camarones, con Illapata-Esquiña; Tarapacá, con Colchane, sitios todos en los que se encuentran evidencias culturales que indican una ocupación prehispánica con fuerte representación de motivos cerámicos que denotan una procedencia altiplánica originada por corrientes migratorias de poblaciones tal vez aymaras, que debieron recorrer esos peculiares escenarios en la búsqueda de nuevos territorios de variada geografía, en cuyos valles se asentaron y junto con dispersarse, sus ideas los acompañaron, ideas que hasta el día de hoy permanecen en la historia mental de estas gentes como lo es la tradición oral del Sireno.

Para el área de Bolivia, se cuenta con la referencia que la investigadora Sra. Teresa Gisbert, publica en su obra “Iconografía y Mitos indígenas en el Arte” página 48, Gisbert y Cía. S.A. Libreros Editores. La Paz, 1980, que se transcribe:

“La sirena también pervivió en el folklore, así Roberto Ramos Núñez en Lampa y sus tradiciones nos dice que las sirenas existieron en la provincia de Lampa: “Por esta razón en todas partes, hay sitios llamados Sirenayoc, donde existe o habita la sirena, perdurando así a través de los siglos las creencias de antaño”. Estas sirenas, según Ramos Núñez: “dan la impresión auditiva que algún músico toca el charango”. Añade que por la orilla derecha del río Lampa también se va a Palca, en el camino en un sitio nombrado “Kuka Acho” en una fosa llamada “Sirenayoc” se escuchan dulces notas de Charango”.

Si aceptamos que el valor exacto de la música andina, sus ritmos, sus instrumentos musicales, no son fáciles de medir, con mayor razón nos es complejo compenetrarnos de la real dimensión de un acto o sensación musical cuando ésta es atribuida, como en este caso, a una deidad.

En consecuencia, para el andino el sireno es un espíritu tutelar que mora tanto en aguas quietas, lagunas, bofedales, como en el agua que mana o escurre vertientes, puquios, esteros, ríos y en la brisa suave o en el fuerte viento de atardeceres y noches cordilleranos; por esto es que cada una de estas leyendas y/o tradiciones para el hombre de la puna, sierra o el valle, que las vivió o experimentó, y para el que íntimamente las conoce, de algún modo pasan a

constituirse en historias sagradas, serias, respetadas; historias que la cultura urbana occidental desconoce en su intimidad espacial, ambiental, en lo artístico, en lo mítico o en lo social. Conocerlas en su espacio vital, querer comprenderlas y con su gente dialogar, es nuestra misión; es aproximarnos a su verdad.

BIBLIOGRAFÍA

GISBERT, Teresa
1980
"Iconografía y Mitos Indígenas en el Arte". Pág. 48. Gisbert y Cía. S.A. Libreros Editores. La Paz, Bolivia.

PINTO Vallejos, Sonia
1995
"Historia y Folklor, disciplinas complementarias" Actas II Congreso Chileno de Antropología, Tomo I, pp. 304-306. Valdivia. Eds. Colegio de Antropólogos de Chile, Santiago 1997.

RAMOS Núñez, Roberto
1962
"Lampa y sus tradiciones", pp. 29-30. Puno.

Colaboraron en las investigaciones de campo y recopilaciones orales, los alumnos de Pedagogía en Historia y Geografía, Carlos Choque Mariño en el área Chugllumani-Murmuntane, Juan Guaglia Mamani en Illapata-Esquiña, y Elsa Flores Huanca, alumna de Pedagogía en Educación General Básica, en la Comuna de General Lagos. Pueblo de Ancolacane.